

IX.

BATALLA DEL 5 DE MAYO, EN PUEBLA.



OR la concisa relación del Sr. General Díaz, puede apreciarse la importancia del triunfo que las armas nacionales obtuvieron en Puebla, sobre el ejército francés, considerado en aquel tiempo como el más disciplinado y aguerrido de los ejércitos del mundo.

«La noche del 3 y todo el día 4, se emplearon en hacer fuertes trabajos de zapa en los dos cerros que cubren á Puebla, y en perfeccionar las fortificaciones del perímetro interior. El día 4, después de la diana, formamos las cuatro Columnas maniobreras de infantería y la de caballería, en la plaza de San José, en espera del ejército invasor. Al mediodía, el Cuartel general supo, por las fuerzas mexicanas ligeras que guardaban el contacto con el enemigo, que éste no se movía de Amozoc; y en virtud de tal noticia, volvimos á nuestros cuarteles, con orden de formar de nuevo en el mismo lugar, en el momento en que se disparara un tiro de cañón en el fuerte que corona el cerro de Guadalupe.

«En la madrugada del día 5, los ayudantes del Cuartel general vinieron á sacar de sus cuarteles las distintas Columnas, para situarlas, según disposiciones del mismo. A las tres de la mañana llegó á darme las órdenes relativas el Teniente Coronel D. Joaquín Rivero. Como mi Columna había pernoctado con las armas en pabellón, en la plazuela que estaba frente á mi cuartel, inmediatamente la puse en pie y seguí con ella á Rivero, quien me condujo á la Ladrillera de Azcárate, que es el último edificio de la ciudad, sobre el camino de Amozoc, diciéndome que era el punto donde debía yo resistir el ata-

que que por ese lado de la ciudad daría, probablemente, el enemigo. El General Zaragoza esperaba, naturalmente, el encuentro sobre la carretera que ocupé. Pocos momentos después llegó la Brigada del General Berriozábal, conducida por otro ayudante, y fué situada á mi izquierda; la del General D. Francisco Lamadrid fué colocada á la izquierda de la de Berriozábal, y la de caballería del General Don Antonio Álvarez, fué colocada á mi derecha. Como yo fuí el primero en ocupar aquel lugar y debía presumir que el enemigo estaba cerca, destaqué inmediatamente una cadena de tiradores á mi vanguardia, y coloqué el núcleo de mi fuerza en columnas paralelas, por batallones. Según fueron llegando las otras Brigadas, fueron tomando la misma disposición, probablemente porque sus jefes la consideraron adecuada á las circunstancias, ó porque supusieron que yo había obrado por orden del Cuartel general.

«Cuando ya amanecía, llegó el General Zaragoza con su Estado Mayor, y visitó sucesivamente nuestras Columnas, comenzando por la mía, que estaba sobre el camino; dirigió breves marciales alocuciones á los soldados y dió algunas órdenes, entre otras, que la artillería, que llegó casi á la sazón que él se presentaba en nuestra línea, fuera distribuida en nuestras Columnas, correspondiendo á la mía dos obuses de batalla, calibre doce, cuya sección mandaba el Subteniente Cortés y Frias, que llegó á ser General; y dispuso, además, que todas las Columnas retiráramos nuestras respectivas cadenas y sostén de tiradores, formando una cadena general, que cubriera el frente de todas, con el batallón Rifleros de San Luis, á las órdenes del entonces Teniente Coronel D. Carlos Salazar.

«Mis batallones estaban mandados: el primero, por el Teniente Coronel D. Alejandro Espinosa; el segundo, por el Teniente Coronel D. Francisco Loaeza; el batallón «Morelos,» por el Teniente Coronel D. Rafael Ballesteros; el Batallón «Guerrero,» por el Teniente Coronel D. Mariano Jiménez; el «Independencia,» por el Teniente Coronel D. Pedro Gallegos, y Lanceros de Oaxaca, que en lo económico pertenecían á mi Columna, los mandaba el Teniente Coronel D. Félix Díaz. Los batallones primero y segundo, eran los restos del incendio de San Andrés Chalchicomula, y no llegarían á cien hombres entre ambos.

«Así permanecemos hasta cerca de las diez de la mañana, que comenzamos á ver brillar las armas en la cumbre del cerro de las Navajas, pequeña eminencia que hay cerca de la hacienda de los Álamos. Ésto por lo que toca á nosotros, pues el General en jefe estaba en mejor punto de mira para observar. Así es que para anunciar la

presencia del enemigo, instantes antes de que lo hubiéramos nosotros visto, mandó disparar un cañonazo desde el cerro de Guadalupe, que hizo fijar todas las miradas hacia el rumbo de Amozoc. A poco, el polvo, el brillo de las armas y el humo de los disparos, nos indicaron que el Comandante D. Pedro Martínez venía por allí en retirada, tiroteando la cabeza de la Columna francesa; y apareció ésta, espesa y prolongada, destacándose por los vivos colores de los uniformes y el brillante reflejar de bayonetas. Los tiradores franceses, que correspondían á los fuegos de Martínez, siguieron el camino que conduce de los Álamos á la hacienda de la Manzanilla, con intención, al parecer, de rodear la ciudad, más bien que de atacarla por su frente, como antes se supuso, pues habían dejado la carretera que conduce de Amozoc á Puebla. Luego se advirtió otra Columna de infantería, de marina y cazadores de Vincennes, apoyada por un escuadrón de cazadores de África, que hizo alto en la garita del Peaje.

«El General en jefe interpretó las evoluciones del enemigo como la intención de atacar los cerros antes que la ciudad; y así fué, en efecto, porque después de un alto de quince á veinte minutos que hizo la Columna enemiga, se formó en batalla, con el frente hacia los cerros; estableció sus baterías á vanguardia, rompió sus fuegos de cañón sobre los citados cerros de Loreto y Guadalupe, tomando este último como principal punto objetivo, y al fin destacó una fuerte Columna de infantería, que al parecer se dirigía, no al cerro de Guadalupe, sino al espacio que separa los dos cerros.

«En estos momentos (sería la una de la tarde), el General en jefe ordenó que las Brigadas de Berriozábal y Lamadrid subieran al paso veloz para reforzarlos. Se ejecutó el movimiento ordenado, y la Brigada de Berriozábal se colocó en esta forma: el primer batallón de Toluca, apoyaba su derecha en el Fuerte de Guadalupe y se extendía hacia el de Loreto, cubriéndose con la cresta de tierras que estaban á la margen de una zanja, cuya cresta de terracería estaba coronada con una línea de magueyes; á la izquierda del primero, formaba el tercero de Toluca, pues el segundo estaba de partida, á las órdenes del Coronel O'Horán, en persecución de Márquez; á la izquierda del tercero, formaba, de la misma manera, el batallón Fijo de Veracruz, y seguían hacia ese costado las fuerzas irregulares de Tetela y Zacoaxtla, que mandaba el entonces Coronel D. Juan N. Méndez, quien se encontraba situado allí, desde antes, como el único defensor del espacio que había descubierto entre los dos fuertes. La Brigada Lamadrid, desmembrada, porque el batallón de Rifleros de San Luis esta-

ba formado en tiradores á mi frente, colocó el batallón de Zapadores en la capilla de la Resurrección, y el batallón «Reforma» de San Luis, como reserva de la línea escrita, mandada por el General Berriozábal. Esas fuerzas quedaban fuera de la acción de la artillería enemiga, porque se habían colocado en el descenso del cerro, hacia la ciudad.

«Cuando las Columnas de Berriozábal y Lamadrid ocupaban los cerros, el Cuartel general mandó dividir en dos fracciones la Brigada de caballería de Álvarez, formada: una, del regimiento de carabineros, que mandaba el mismo Álvarez, y dos escuadrones de Lanceros de Toluca; y con tal fracción pasó ese jefe á colocarse al costado izquierdo del fuerte de Loreto, listo para aprovechar alguna oportunidad que permitiera el uso de su arma; y la otra, que se compuso del Regimiento de Lanceros de Oaxaca, tercer escuadrón de Lanceros de Toluca y escuadrón Trujano, se puso á las órdenes del Teniente Coronel D. Félix Díaz, y quedó cubriendo mi derecha, abrigada con el edificio de la finca de campo, llamada «La Ladrillera.»

«Los fuegos de nuestra artillería causaron, al principio, muy poco daño al enemigo: sobre la fuerza en marcha no obraban, porque ascendía cubriéndose con las quebraduras de los cerros, y le faltaba alcance para hacer llegar sus proyectiles sobre la que quedó en segunda línea. En cuanto al alcance del cañón francés, era mucho mayor que el del nuestro. En el ascenso, la Columna de ataque seguía las ondulaciones del terreno, que casi no dejaban verla; pero cuando hubo llegado á la meseta superior, lo que sería á las dos de la tarde, recibió de improviso todo el fuego de fusilería de la Brigada Berriozábal y de la artillería de los dos fuertes de Loreto y Guadalupe, que principalmente arrojaban metralla. Este fuego fué resistido muy poco tiempo por la Columna francesa, que, desorganizada, retrocedió. En esos momentos, el batallón Fijo de Veracruz maniobró al paso veloz, para batir á la Columna enemiga por su costado derecho, siendo imitado ese movimiento por las fuerzas de Tetela y Zacapoaxtla, formadas de indios. A la sazón, el Gral. D. Antonio Álvarez avanzaba con su pequeña Columna de caballería, iniciando una carga sobre el enemigo en retirada.

«El Gral. Laurencez, que desde sus baterías vió el retroceso de la Columna, hizo avanzar á paso gimnástico á otra que venía en pos de la primera y que había hecho alto, manteniéndose como reserva. Esto ocasionó que nuestras tropas volvieran luego á sus respectivos puestos, y que la caballería casi no llegara á tocar á la Columna en fuga,

porque una vez en las ondulaciones del terreno que la cubrían de nuestra artillería, hizo alto la fuerza rechazada y se encará á sus perseguidores, animada con el auxilio que ya tenía muy cerca.

«Un nubarrón ocultó el sol en esos instantes, y por veinte minutos se deshizo un aguacero.

«Vino el segundo ataque, mucho más vigoroso, ejecutado, tanto por la Columna que primero había sido rechazada, como por la que avanzó en su auxilio. Ambas marcharon de frente al cerro de Guadalupe y á la capilla de la Resurrección, que estaba defendida por una fortificación pasajera, ocupada por el batallón de Zapadores, á las órdenes del Gral. Lamadrid. Con tal arranque cargaron, que llegaron á franquear los fosos de la Resurrección y los del Fuerte de Guadalupe, y subiendo grupos de soldados sobre los hombros de otros, pretendieron escalar las trincheras del citado Fuerte.

«En tan críticas circunstancias, la infantería que las defendía, que consistía en un batallón de Michoacán, que apenas tendría uno ó dos meses de reclutado, no obstante que estaba mandada por un Jefe notable del Ejército, el Coronel Arratia, abandonó los parapetos y se replegó, corriendo en desorden dentro del templo, quedando en aquéllos, sólo los pelotones que servían los cañones, y que pertenecían á la artillería permanente de Veracruz.

«El Fuerte habría sido tomado, si no hubiera sido por algunas maniobras que practicaron las fuerzas de Berriozábal, para batir por el costado derecho á los asaltantes, y por el movimiento que hizo desde atrás del mismo, oblicuamente á vanguardia, hacia el Oriente, el batallón «Reforma,» de San Luis.

«Aprovechándose el Coronel Arratia de esta circunstancia, dijo á los desmoralizados soldados del batallón «Morelos,» que no había podido sacar de la iglesia, sin embargo de haber matado á tres con su propia espada, que el enemigo huía, como lo demostraba el hecho de que ya corría á perseguirle el batallón «Reforma,» de San Luis, que estaba retrasado respecto de ellos. Esto reanimó aquella tropa, que coronó de nuevo las alturas é hizo un vivo fuego, precisamente en los instantes en que las compañías del batallón «Reforma,» por la derecha, y los batallones 3º de Toluca y Fijo de Veracruz, por la izquierda, rompían los suyos al descubierto á cortísima distancia.

«Los franceses, que ya habían llegado al foso y berma de la fortificación, pretendían escalar las trincheras, hasta agarrándose de las bocas salientes de los cañones. El Gral. Zaragoza, que disponía de poco armamento, había ordenado que las armas portátiles de los ar-

tilleros se distribuyeran entre la infantería, creyendo que los artilleros estaban bastante armados con sus piezas. Por este motivo, los artilleros no podían rechazar el asalto de los franceses, sino usando de sus escobillones y palancas de maniobras, las cuales blandían furiosos sobre las cabezas que llegaban á lo alto.

«El hecho de que el batallón «Arratia» volviera á cubrir rápidamente las trincheras que había abandonado, y el nutrido fuego que inició, unido al conjunto de circunstancias dichas, determinaron, no sólo el que pudiera rechazarse la tremenda carga, sino que, derrotado, se pusiera en desordenada fuga el enemigo, quedando de tal manera decidida la suerte de la batalla.

«Al mandar el Gral. Laurencez la segunda Columna, movió también la de Infantería de Marina, Cazadores de África y Cazadores de Vincennes, que había quedado en la garita del Peaje, y ésta venía sobre el llano y plantío de cebada, atacando directamente las posiciones que yo ocupaba al Oriente de la ciudad, sobre la carretera. Me opuse á su avance, y el ataque que al efecto sostenía yo en el llano, precisamente tenía lugar cuando se verificaba el segundo del cerro. Al acercárseme el enemigo, los disparos de su cadena de tiradores empezaron á causar daño, no sólo á la cadena de tiradores nuestros, que, como he dicho antes, la formaba al frente el batallón Rifleros de San Luis, sino á las Columnas mismas. Así, pues, mandé retirar al paso veloz, por los flancos, á ese batallón, é hice avanzar, también al paso veloz, al batallón «Guerrero,» en columna, moviendo en pos de él los dos obuses y toda mi fuerza, incluso el batallón Rifleros de San Luis, que se reorganizaba á mi espalda. El batallón «Guerrero» retrocedió ante el fuego de la masa enemiga, que también había recogido sus tiradores, que eran zuavos.

«Al recibir esa masa, ya más cerca, el nutrido disparo del grueso de mis tropas y el de mis dos obuses, volvió caras muy pocos momentos antes de que fueran rechazados los asaltantes del «Guadalupe.» Sin pérdida de tiempo, ordené al Teniente Coronel D. Félix Díaz que cargara al sable, y lo hizo con brío, lanzándose á escape sobre las filas contrarias; pero de improviso se detiene ante una zanja infranqueable para la caballería, pero franqueable para la infantería perseguida, la cual encontró en aquel obstáculo su salvación, pues lo aprovechó haciendo fuego desde él, se reanimó y á su vez rechazó á la caballería. Como la derrota que yo causé al contrario, le obligó á tomar una dirección oblicua en su retroceso por la falda del cerro, y no por donde había avanzado á mi encuentro, en su huída se unió con los que

se retiraban del cerro de Guadalupe, haciendo ambos un fuerte total que ya me oponía una resistencia muy seria. Sin embargo, seguía yo avanzando mientras retrocedían, acercándoles espesas líneas de tiradores, y nutriendo, en cuanto era posible, el fuego de mis cañones, que lo hacían ganando terreno.

«A mi izquierda, y sobre el cerro, estaba formado en columna el batallón de Zapadores, que mandaba el Coronel D. Miguel Balcázar, que acababa de hacer la valiente defensa de la capilla de la Resurrección. Le previne, por medio de un ayudante, que efectuara un movimiento de avance paralelo al mío; me expuso que no estaba á mis órdenes, pero que me atendería si yo le ofrecía tomar sobre mí la responsabilidad de su conducta, á lo que le contesté afirmativamente. Apenas había recibido mi respuesta, cuando ejecutó con brío y mucho acierto su marcha á vanguardia.

«Cuando había yo avanzado en persecución del enemigo, más allá del alcance de los cañones de Guadalupe, recibí una orden del General en jefe, por medio del Capitán D. Pedro de León, uno de sus oficiales de órdenes, en que me prevenía que suspendiera la persecución. Contesté negativamente, y que yo explicaría mi conducta. En seguida se me presentó el Jefe del Estado Mayor, Coronel D. Joaquín Colombres, intimándome que no insistiera en dicha persecución, y que de no obedecer esa orden, tendría que explicar mi conducta, no al General en jefe, sino á un Consejo de Guerra; y como entonces me entendía ya con un oficial superior, le manifesté que el enemigo, en esos instantes, aunque no se había reorganizado, se retiraba amenazante, haciendo vueltas ofensivas; y que si yo suspendía mi obligado avance, no solamente suspendería él su marcha de retirada, sino que volvería, probablemente con decisión, sobre mí; que mi Columna era pequeña, y estaba muy lejos del Fuerte y de todas las tropas que habían quedado en segunda línea, de las cuales no podía, por eso, ser auxiliado con oportunidad; y que, como faltaban muy pocos momentos para que oscureciera, esperaba esos momentos para retrogradar, ejecutando, al efecto, favorecido por las sombras, falsos ataques, para evitarme una carga resuelta del contrario, ante el cual mantendría, hasta última hora, tiradores. El Coronel Colombres estimó justas mis observaciones, que fueron hechas con la brevedad que las circunstancias exigían, y me dijo, que aunque las órdenes que traía del General en jefe eran las que me había transmitido, siguiera yo adelante mi propósito, y que él explicaría la situación al superior.

«Verificada al caer las sombras, como indiqué, la retirada hasta

mi antigua posición, que era la «Ladrillera de Azcárate,» me presenté al Gral. Zaragoza en el atrio de la capilla de los Remedios; y habiéndole dado cuenta de todas mis operaciones, y especialmente de mi forzado avance, aprobó de lleno mi conducta.

«Mis tropas habían recogido las mochilas que el enemigo dejó al marchar sobre mí, y que no pudo recoger al retirarse por rumbo diverso del que traía al avanzar.

«Fué tan seria la refriega, que la bandera recibió cinco balazos en el paño y uno en su asta. Esta bandera me fué presentada, varios años después, con una acta, suscrita por los que, habiendo sido oficiales subalternos de ese batallón (el segundo de Oaxaca), eran ya Generales cuando me la presentaron, y son, entre otros, el Gral. D. Francisco Loaeza, el Gral. D. Guillermo Carbó y el Gral. D. Marcos Carrillo; y la conservo en mi sala de armas como un recuerdo honroso.

«La victoria fué tan inesperada, que nos sorprendimos verdaderamente con ella; y pareciéndome una ficción, divagué en la noche sobre el campo, para ratificar la verdad de los hechos con el mudo testimonio de los cadáveres del enemigo y los de nuestras fuerzas; con las conversaciones que los soldados tenían alrededor del fuego, y con las lejanas luces del campamento contrario.

«El parte que dió el Gral. Zaragoza de la batalla del 5 de Mayo de 1862, expresa el número de nuestra tropa, inferior á la francesa, si se descuenta la que quedó á las órdenes del Gral. D. Santiago Tapia, que se destinó á la defensa del perímetro interior de la ciudad, y que no entró en acción, porque no llegó á ser atacada. Inserto en seguida, por su interés histórico, el parte oficial de la batalla.»* (Memorias).

* Ejército de Oriente.—General en jefe:

«Después de mi movimiento retrógrado que emprendí desde las Cumbres de Acultzingo, llegué á esta ciudad el día 3 del presente, según tuve el honor de dar parte á Ud. El enemigo me seguía á distancia de una jornada pequeña, y habiendo dejado á retaguardia de aquél la segunda Brigada de caballería, compuesta de poco más de 300 hombres, para que en lo posible le hostilizara, me situé, como llevo dicho, en Puebla. En el acto dí mis órdenes para poner en regular estado de defensa los cerros de Guadalupe y Loreto, haciendo activar la fortificación de la plaza, que hasta entonces estaba descuidada.

«Al amanecer del día 4 ordené al distinguido General C. Miguel Negrete, que con la segunda División de su mando, compuesta de 1,200 hombres, lista para combatir, ocupara los expresados cerros de Loreto y Guadalupe, los cuales fueron artillados con dos baterías de batalla y de montaña. El mismo día 4,

Al avanzar Porfirio Díaz contra los zuavos, el Subteniente D. Miguel González, abanderado del segundo batallón oaxaqueño, cae herido en el corazón por una bala; pero antes de caer, extiende el brazo y pone la bandera en manos de su compañero, el Teniente D. Manuel Varela, un soldado poeta, que recitando, poco antes de empezar la batalla, unos hermosos versos suyos, había jurado morir por su bandera.

Varela cae también, herido en la cabeza, pero cae abrazado á la gloriosa enseña de la patria, para morir envuelto en ella.

El Capitán D. Crisóforo Canseco, salva la bandera, tomándola de las manos del cadáver, y en seguida, para atender á su compañía, la entrega al Subteniente D. Domingo Loaeza, en los momentos en que el PRIMER EJÉRCITO DEL MUNDO huía de nuestros INDIOS, dejando sus heridos en el campo, y sus mochilas en poder del futuro vencedor de Miahuatlán y de La Carbonera.

Tal fué el principio de la heroica lucha entre Francia y el pueblo mexicano. . . . El final del gran drama, iba pronto á tener, por escenario, un cadalso expiatorio, y por sanción, un justo regicidio.

hice formar, de las Brigadas Berriozábal, Díaz y Lamadrid, tres Columnas de ataque, compuestas: la primera, de 1,082 hombres; la segunda, de 1,000, y la última, de 1,020, toda infantería; y además, una Columna de caballería con 550 caballos que mandaba el C. General Antonio Álvarez, designando para su dotación una Batería de batalla. Estas fuerzas estuvieron formadas en la plaza de San José, hasta las doce del día, á cuya hora se acuartelaron. El enemigo pernoctó en Amozoc.

«A las cinco de la mañana del memorable día 5 de Mayo, aquellas fuerzas marchaban á la línea de batalla que yo había determinado, y que verá Ud. marcada en el croquis adjunto; ordené al C. Comandante militar de artillería, Coronel Ceferino Rodríguez, que la artillería sobrante la colocara en la fortificación de la plaza, poniéndola á disposición del C. Comandante Militar del Estado, General Santiago Tapia.

«A la diez de la mañana se avistó el enemigo, y después del tiempo muy preciso para acampar, desprendió sus Columnas de ataque, una hacia el cerro de Guadalupe, compuesta como de 4,000 hombres, con dos baterías, y otra pequeña de 1,000, amagando nuestro frente. Este ataque, que no había yo previsto, aunque conocía la audacia del ejército francés, me hizo cambiar mi plan de maniobras y formar el de defensa, mandando, en consecuencia, que la Brigada Berriozábal, á paso veloz, reforzara á Loreto y Guadalupe, y que el cuerpo Carabineros de á caballo fuera á ocupar la izquierda de aquéllos, para que cargara en el momento oportuno. Poco después mandé al batallón «Reforma,» de la Brigada Lamadrid, para auxiliar los cerros, que á cada momento se comprometían más en su resistencia. Al batallón de Zapadores de